

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



DETALLES DE LA PRIMAVERA.—BOTTICELLI.—FIRENZE,



TIBI, REGINA.

Clamando á tu piedad en mi suplicio,
Como en un claustro lloro en mi amargura,
Hincándome las puntas de un cilicio
De anhelo que me hiere y me tortura.

Tu solo nombre mi aflicción modera,
Y cuando á ti suspiro y en tí pienso,
Perfuma mi aflicción, como si fuera
Tu nombre un grano de oloroso incienso.

¿Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas
Cuando hayas comprendido mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas?

Quando hayas comprendido mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas
Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas.

Eres la fuente que la sed apaga,
Eres sombra apacible, eres frescura,
Y para el corazón que es una llaga
Un bálsamo divino de ternura.

Mi amor fundir espera tus enojos,
Y ya mi amor ha visto á la esperanza
En el azul abismo de tus ojos
Relucir como el signo de la alianza.

Y quiere tu bondad mi sufrimiento,
Y ante tu solio mi pasión se inclina,
Oye mi voz, alivia mi tormento,
TURRIS EBURNEA, STELLA MATUTINA.

Efren Rebollo





LENDEMAIN.

(CAPÍTULO DE UNA NOVELA).



El camarista había abierto la ventana... La turbia claridad de una mañana pluviosa se detuvo bruscamente en la floración arabesca de la cortina deslavada y derramó en la estancia sus cansadas y opalinas penumbras. Era triste aquel cuarto de hotel... triste como las existencias náufragas ó aventureras ó vagarosas que allí habían acampado, dejando en los lienzos raídos, en los maderos despintados y en los muros maculados y grasosos las sucesivas huellas de su paso.

Cuántos, en medio de una vida de crimen, de miseria ó de orfandad habían hecho alto ahí! Los sitios de placer, los parques desiertos, los palacios inhabitados, los lugares donde ha vivido la alegría, guardan siempre un grato vestigio de lo que fueron; tienen hasta en sus ruinas una sonrisa melancólica. Pero ahí, entre aquellas cuatro paredes, en aquella atmósfe-

ra saturada por el miasma humano, la tristeza había dejado su desconsuelo, la miseria su huella y el vicio su sombra, lo mismo que el huésped anónimo que sobre la mesa olvidó la caja de medicinas, por igual que la pareja enamorada que trazó en el muro dos nombres, en recuerdo de una noche nupcial misteriosa y furtiva, tal vez improvisada banalmente al azar de un encuentro callejero. Y todos aquellos huéspedes, la miseria que se refugia, la tristeza que se enclaustra, el crimen que vigila y los amores que se esconden, habían dejado en aquel cuarto el olor de sus alientos y el polvo de sus vestidos...

Aquello era la tosca falsificación del hogar; aquello era un mercado donde se vendía el reposo como en otras partes se vende el vestido ó el alimento. Y triste, triste, con esa helada tristeza con que á veces se despierta del sueño, como si sorprendiéndonos aletargados y rendidos nos hubiese envuelto en sus brumosos hipnotismos, el genio de las melancolías infinitas, Miguel se incorporó en el lecho...

Se había acostado á las dos de la mañana; la tristeza que empañaba su espíritu le permitía ver á penas, como el apoteosis de un teatro radiante á través de un telón obscuro y desgarrado, la fantasmagoría de la noche anterior, las luminosas horas de una noche, palpitantes con la ternura de un amor, brillantes con los reflejos lujuriosos de la riqueza, perfumadas por los efluvios florales más que carnales de una mujer hermosa! Entre los vahos de su presente hastío, en la memoria de Miguel hacían este cuadro los recuerdos: La mujer! ese era el sol radiante, ese era el astro, el centro de la pléyade á quien rodeaban los demás recuerdos, brillantes unos como flores de oro y esfumándose otros, los más lejanos, en opalinas vaguedades de vía-láctea.—Ella vestida con los atavíos de la mujer que espera al Amor, en postura teatral y lánguida, con la mirada radiante y sorprendida sobre el diván cuyo extremo se levanta como la negra prora de una góndola. Ese era en su memoria el núcleo, y luego esparcidos en desorden el mármol de un tocador; el bronce de un candelabro, los pliegues imponentes de un cortinaje, el frú-frú de una falda, un perfume penetrante y capitoso, la desmadejada cabellera lustrosa desplomándose lacia y en silencio; el chapín que cae y el ruido de su tacón sonoro. Y luego á las altas horas de la noche, la salida furtiva, el deslizarse á lo largo de las paredes en la noche fría, flagelado por un viento glacial que al bañarle el rostro revivía en sus labios el perfume evocador y almizclado, el efluvio enervante de Ella, asociado á los placeres de la noche, el perfume de su alcoba, de su cuerpo, de sus besos...

Ah! Y qué despertar! Y qué maldición, encerrar aquellos recuerdos de erótica gloria entre las paredes de aquel cuarto miserable y vulgar! Si Ella lo viera ahí, ella que alguna vez, en un arrebató de su libertinaje adorable le había manifestado el caprichoso deseo de ir á verlo á su casa! ¿Su casa aquel cuarto alquilado y ella ahí? Y le pareció á Miguel verla entrar y al principio mostrar levantando el velillo, la sonrisa de su rostro divino; pero luego traicionar la extrañeza, el desagrado, el desdén al fin que debía despertar aquel tugurio en su sensibilidad exquisita de mujer rica y poderosa. Y tal idea, con el poder que hubiera tenido la misma realidad, colmó el hastío y la tristeza que aquella mañana de lasitud y de enervamiento habían sucedido en el ánimo de Miguel á la noche de excitación y de amor. Una reac-

ción, algo como una ola de amargura tenebrosa, asomó en su espíritu, se reflejó en el gesto imperioso de su rostro, y de pronto, desbordante y poderosa, ahogó con su cólera las ondas de su tristeza resignada.

Tomó un cigarro que lió distraídamente, mirando á lo alto, con esa mirada que no ve cuando una imaginación trabaja, con el ceño contraído en el rostro inmóvil. Así estuvo un minuto, un minuto nada más; el rápido momento en que los átomos simpáticos se unen, el instante preciso y fatal que engendra la vida en la unión de dos seres que se aman, el minuto propicio y fecundo en que cae sobre la tierra que lo aguarda, la semilla que ha de germinar.

Y en ese minuto, al calor del egoísmo lastimado, á la sombra de una ambición hambrienta y desahogada, Miguel sintió en su espíritu lacio y desmoralizado, lo que nunca sintió en los veinticinco años de su vida, una fuerza que se levantaba, un poder que surgía, un impulso que era luz y era potencia y á cuyo fulgor aparecían empapados en claridad todos los caminos del éxito antes hostiles y llenos de sombra y que ahora se tendían propicios ante sus ojos, como invitándolo á emprender una marcha triunfal hacia el áureo alcázar de sus sueños!

Y sintió algo también, algo tampoco sentido nunca, algo nuevo y doloroso, allá muy recóndito, en lo más profundo de su sér. Sin explicarse por qué pensó en su madre y sintió un no sé qué abominable como si la hubiera abofeteado... Y luego con la misma ignorancia del misterioso por qué, pensó en una novia muy querida, en una novia de los años juveniles, de esa Primavera en que para exhalar el amor como un perfume estalla el corazón como una flor; novia querida con ese amor que recordado después de muchos años, nos hace dudar si alguna vez hemos vivido alguna existencia de ángeles, en algún mundo de ensueño...

Y al pensar en aquella novia cuyo puro recuerdo guardaba en su espíritu lacerado, como uno de esos relicarios que sorprenden á veces en el cuello de una prostituta ó sobre el pecho de un galeote, Miguel sintió el escalofrío de una profanación que hubiera cometido en sueños y que al despertar le aterra; sintió como si él mismo hubiera derribado aquel cuerpecito de niña y sobre él, sobre su único afecto de inviolada pureza!—pálido altar de misa negra—hubiera él mismo impulsado la epiléptica y crapulosa desbandada de un sabbat, los ebrios y ululantes tropeles de una bacanal desenfadada!

JOSÉ JUAN TABLADA.

México, 1900.



JOB.

(Romance arcaico).

¿Quién si penas te rindieron,
—¡oh, poeta del dolor!—
al recuerdo de las tuyas,
graves las propias halló...?

Bien haya tu libro hermoso,
astro de tal resplandor
que, en la noche de las almas,
conducirlas sabe á Dios.

¿Cuál retablo, cuál estrofa
ó qué música ni voz,
á disputarte llegara
tan sublime condición?

Galanes que, á las primeras
tiránias del amor,
más flores pedís al valle
y al firmamento más sol;

Poderosos de este suelo,
cuya vana ostentación
abismo fué donde el oro
de vuestras arcas rodó,

Cuantos llorais vieja cuita
ó sentís torpe rencor
y en cadena de pesares
oprimido el corazón,

Los ojos por consolaros
volved al árabe Job,
libre de toda alegría,
presa de toda aflicción.

No de gloriados caudillos
persigais el esplendor,
que á vencidos y triunfantes
confunde el tiempo veloz.

Y pues dichas vaticinan
concordia, paz y perdón,
sueño de justo no espere
quien sangre humana vertió.

Ni de prócer altanero
demandeis nunca favor
si el yugo vil os reserva
de constante adulación.

Más alta poned el alma;
dejadla que vuele en pos
de quien merece más culto
y reverencia mayor.

Del que, próspero y mendigo,
á las gentes ofreció
de esperanza y mansedumbre
la no aprendida lección.

Del que triunfe de sí propio,
y en cada nuevo rigor
canta al brazo que le hiere
un himno de bendición.

LUIS BARREDA.





PECADO DE AMOR.



ADRE! piedad para mi tribulación!—musitaba la pecadora con voz melódica y apasionada.—Padre, yo le amé, le amo aún con todas las potencias de mi alma. A pesar de su ingratitude y de mi expiación, á pesar de que él me abandonó á mi dolor como se abandona á un leproso en su lazareto, yo le amo y le amaré hasta la muerte, hasta más allá de la muerte!

La luz violeta del crepúsculo agonizante ponía diafanidades alabástrinas en aquel perfil blanquísimo de mujer de amor, mujer de treinta años cuya blancura mate y lumínea era una profanación de su estructura bizantina, de virgen-mártir inviolada, por la tremenda lascivia que despertaba la sola contemplación de sus ojos negríssimos y dolorosos, de su pequeña y purpúrea boca semejante á un botón de flor reventado, de sus dedos largos, exangües y ardientes de tísica. La luz violeta del crepúsculo agonizante esquemaba apenas el espectro del septuagenario levita hundido como una momia asiria en la pequeña cripta del confesionario, los ojos marchitos, las falanges estriadas y retráctiles, el cuello descarnado cuyos nervios recordaban los bordones de un violón. La luz violeta del crepúsculo agonizante condensaba sus últimos fulgores en aquel rostro fascinante de mujer de amor, y estiqueaba con pavorosidad tumularia aquel espectro claudicante.

Y la pecadora proseguía:

—Padre! amor tan culpable y tan divino como el mio, no lo ha habido en la tierra. Yo conocí el dolor de la violación y la maternidad sin haber sentido placer, porque me casaron sin amor, tiránicamente, y me arrancaron mis dos hijos, con la misma tiránica barbarie, sin que hubieran probado mis pechos. La estirpe de demonios que hizo alianza con mi estirpe de siervos, me enclaustró en un palacio solitario cuyos balcones fueron tapiados, cuya puerta férrea y enmohecida no chirriaba sino para dar paso á mi señor, al odiado fornicario, de cuando en cuando, en noches siniestras para mí!

Una noche, el viejo criado de mi prisión, se presentó en mis habitaciones por la primera vez, pálido, temeroso, y me dijo con el rostro abatido, sin osar levantar sus ojos del suelo:—«Señora, he cometido un grave delito y vengo en demanda de perdón. . . . y lo que es más, de ayuda para encubrir ese delito!»—Yo me puse á temblar espantada, temiendo una abominable revelación, y él prosiguió:—«Señora, antes de servir aquí, yo serví á los señores de Noguerido muchos años; les debo grandes favores; ellos han muerto, y el último descendiente de ellos, el niño Raúl, caído en la pobreza y en la lucha por la vida, es perseguido yo no sé por qué, pero no debe ser por un crimen porque no es un criminal; ha venido á pedirme ayuda y yo le he dado asilo, lo he salvado de la policía frenética de cuyas garras pudo escapar. . . Señora, yo pido clemencia para él y para mí!

Yo estaba helada por el asombro. ¡Pedirme clemencia, perdón y auxilio á mí, una secuestrada en cuerpo y alma! Era, acaso, una burla cruel? No! porque el pobre viejo imploraba mi gracia con sincera humildad; y no bien le contesté que él era el guardián de aquella cárcel y que por mi parte no diría nada, puesto que no hablaba con nadie, el pobre viejo me miró con un relámpago de sus ojos rientes, jubiloso, y desapareció á dar la buena nueva á su protegido.

No pude dormir aquella noche. La presencia de un desconocido en mi prisión, de un joven, puesto que el viejo criado le había dicho niño; su nombre que oído fugazmente me hirió como un dardo, Raúl Noguerido, su persecución, su infortunio, todo me pesaba como mi propia desdicha.

A la madrugada dejé el lecho y llamando á Andrés le pregunté si el fugitivo se hallaba todavía oculto; me contestó que sí y me pidió permiso en su nombre para ofrecermé personalmente sus agradecimientos.

¡Dios mío, qué hermoso era! Fiero, torvo, nervioso, con la cabellera florida al viento, con sus ojos fulminantes á veces, pero á veces tristes, con su barba precoz y sedeña del matiz de las avellanas sobre sus mejillas sonrosadas de sangre pura, á pesar de su insomnio y su trance no bastante á domar su alma fuerte. Al verme él se ruborizó hasta los lóbulos, contrastando su rubor con su aspecto altivo, y yo debo haber estado pálida como la muerte, porque sentí un fluido helado en mis arterias.

—Señora, me dijo con ansiedad, no soy un criminal, soy un perseguido político; se me busca para suprimirme, para hacerme desaparecer, y mi libertad y mi vida son necesarias para el triunfo de mi par-

tido; me acordé que Andrés fué leal á mi casa y he venido á pedirle hospitalidad; yo sabia que guardaba esta propiedad, pero no que la habitara usted. Pido solamente un refugio en las habitaciones de Andrés por breves días, mientras pasa la efervescencia de mi persecución, para poder comunicarme con mis partidarios y huir de la ciudad.

Yo no oí, no escuché más, estaba subyugada, fascinada, vencida por el poder magnético de Raúl; contesté balbuceando que hiciera lo que le pareciera prudente y apenas se retiró, caí anonadada y temblorosa como si fuera á morir. oh, sí! no era criminal, no era reo. qué digo! era grande, era bueno, era noble, era bello! Temí por su vida con un pavor hasta entonces para mí desconocido, como si fueran á arrancar de mi corazón algo menos sagrado pero más humano que el amor de mis hijos á quienes no conocí sino por un dolor moral y físico tan tremendo, que me había dejado insensible. Pero ahora que despertaba de mi catalepsia criminal é inconsciente, de mi pasividad de hembra secuestrada, de hembra infamada por el arrancamiento de los hijos de mis entrañas bajo el pretexto de que no se nutrieran con mi leche enferma, la savia que yo sentía acumularse en ondas rebosantes en mis pechos úberes, pero con el fin demoníaco de que mi cuerpo no perdiera su hermosura, ahora que mi alma despertaba en rebelión ante el conjuro de algo que es más poderoso que la muerte y que la vida, sentía despertarse todos mis afectos muertos en el amor de aquel hombre, sentía que todas mis pasiones latentes hacían erupción condensadas en aquel cráter.

Me levanté de un salto, como una tigre sorprendida en su sueño; llamé á Andrés imperiosamente, por la primera vez de mi vida, y le ordené que dispusiera y amueblara una habitación digna de su huésped, al otro extremo de los aposentos. La orden seca y breve me produjo un temor pueril, el de haber herido al criado y que alejara á Raúl de la casa; llamé nuevamente y le recomendé con dulzura dijera al joven que no tenía que temer nada, que aquel alejamiento provenía de mi situación delicada y para evitar la murmuración de la servidumbre, por otra parte segregada en su departamento por estricta orden, si llegaba á descubrir ó sospechar su estancia. Le hice llevar libros al solitario, dos ó tres pobres libros que eran los únicos que poseía, y pasé la mañana y la tarde agitadísima y febril. Llegó la noche y mi sufrimiento fué indecible. Raúl escaparía, huiría atormentado por la incertidumbre y la nerviosidad de la lucha. Huiría al azar, á la ventura, siguiendo su destino, y yo le perdería. le perdería cuando apenas lo había conocido! Creí oír un ruido lejano de una puerta que se abría y ya no pude más: salté del lecho, eché sobre mis hombros un peinador y sali semidesnuda, azorada, palpitante, creyendo llegar ya tarde para impedir la fuga. Bajé los peldaños trémula, sintiendo con la frescura de la piedra en mis pies desnudos y ardientes un consuelo. Era un plenilunio de Agosto, suavemente velado por copos de nubes bogadoras. Hollé el césped del pequeño parque perfumado por las lilas. y de súbito, frenética, loca, venturosa, hallé refugio en unos brazos constrictores y sentí que una boca anhelante se prendió á la ardorosa mía.!

—Sé tu historia—me decía después en mis brazos—tu amarga y horrible historia cuya pavorosidad me ha relatado Andrés.

Y yo riendo y llorando de felicidad, le respondía:

—Pero hoy ya soy dichosa contigo, ya soy dichosa por tí! De mis brazos tan sólo te arrancará la muerte!

. . . Ah! Padre! Amor tan culpable y tan divino como el mío no lo hubo en la tierra! . . . La dulce cautividad de mi prisionero de amor, fué para mí un suicidio insaciable de ventura! . . . Me destruí, me agosté, me consumí, me abrasé como liana al fuego, bebí con avidez la copa henchida de mi vida que me escanciaba mi amado ya tarde! . . . Mi espíritu y mi cuerpo manchados se purificaron en mi dón soberano, en la donación que de mi sér todo y de mi vida toda hice en aquellas perennes nupcias! . . . Mi amado, ebriante de amor y deleite los primeros días, se dejó mecer en aquel paréntesis extraño de su vida azarosa, se dejó llevar á flor de agua en el barco de velamen de púrpura de nuestro lecho flotante en pleno éxtasis, se dejó aprisionar en la cadena de nardos floridos de mis brazos! . . . Yo supe adunar al ardor de Noemí la Sulamita, el pudor de Bethsabee, sorprendida infinitas veces por Raúl al borde del lecho ó al borde del baño, con el solo ropaje de mi tez de azucenas! . . . Oh, Padre! he sido muy culpable! . . . pero yo sabia que la irresistible seducción de mis encantos era mi única arma para detener á mi amado, en cuyo corazón, secretamente, sin que él mismo lo comprendiera, comenzaba á germinar la flor envenenadora del hastío. . . ¿Qué frases mías podían cautivarlo, á él que lo sabia todo, á él, que en los instantes de ebriedad me decía palabras tan bellas, que á su sonido yo me sentía desmayar y morir de dicha? . . . ¿Qué encantos cortesanos desplegar ante él, si yo no poseía ningunos, enterrada viva lejos del mundo? . . . A veces quedábase él pensativo, con la mirada errante por el panorama de lucha y de gloria que evocaba su imaginación rauda, espoleado por su sed irreductible de brillar, de predominar, de triunfar, y asaeteado por el remordimiento de su inactividad, contraía su boca un rictus sardónico y plegaba sus cejas la garra de águila de la ambición. Entonces creía yo perderlo para siempre, y como mi fuerza no era el ruego, cautivábalo con mi aroma de flor, con mi desnudez de flor, con mi frescura deleitosa de flor, con mi alma y mi cuerpo sin artificios ni hipocresías, con mi resignación silenciosa que él leía en mis ojos que le decían: “si te vas me muero”. . . y tras esos desfallecimientos volvía como en la rueca de Onfalia á tejer las hebras de sol de mi amor en cenit, y en renovados holocaustos proseguía yo desbordando mi vida, precipitando mi muerte por donar una felicidad que me hizo y me hace aún tan venturosa!

La tisis que galopaba furiosamente en mi organismo para roer mi juventud predestinada y atávica,

ponía fulgores prodigiosos en mis ojos quemantes, en torno de ellos ojerías deleitosas que eran la adoración de mi Raúl, y regaba con diafanidades lunescas mi cuerpo bellissimo, donándole la apariencia de las manzanas legendarias del Mar Muerto. . . La combustión vertiginosa de mi sangre precipitaba mi vida á una última explosión de hermosura prodigiosa; pero me moría, Padre, me moría de amor y de ventura, me moría y me muero de tanto haber amado!

La pecadora se detuvo un instante para reanudar entre sollozos la narración de su inmensa desdicha, la huida de su amante que había bebido el amor hasta las heces y corría á beber la gloria, la ambición, el poder, sus grandes ideales no saciados. . . Pero el sacerdote ya no la oía.

Recorría pesaroso, con la videncia de su claro intelecto, su vida entera semejante á una sabana desierta, sin anfractuosidades, infecunda y maldita. . . su infancia consagrada á Dios, su juventud consagrada á Dios, su vejez consagrada á Dios. . . ¡Cómo! era posible que una pasión humana pudiera así arrasarse una vida cual un tifón un litoral entero? . . . ¿Qué cosa era, pues, el amor humano que consumía en breves días una vida, en tanto que la vida de él no se consumía aún en el amor divino después de setenta años? . . . Qué mal tan tremendo y tan deleitoso era el amor que así consumía en una hoguera de delicias á los predestinados á amar?

Sus ideales de místico se le aparecieron como él, envejecidos, marchitos, claudicantes. . . De niño soñó en los coros seráficos, de adolescente en los principados arcangélicos, de hombre en los tronos y dominaciones coronadoras de los mártires, de los vencedores por el sacrificio, de los triunfadores de la carne y del mundo, sublimados por la exaltación y la transfiguración extática. . . Pero él no había conocido las grandes pasiones y por tanto no había jamás luchado con ellas; su abnegación había sido estéril, no había surgido acrisolado en la prueba, no había ganado la palma en buena lid. . . y ahora, en sus sueños de anciano, veía como premio el descanso, un humilde escaño entre los ancianos celestes, una pensión vitalicia para la eternidad entre los inútiles, entre los inválidos anónimos. . .

Y aquella mujer de amor estaba allí, volcánica, trágica, expirante, consumida por el fuego de una pasión, devastada por todas las amarguras, devorada por todos los dolores, apuñaleada por todas las infamias, por todas las monstruosidades, por todas las tiranías, por todas las iniquidades humanas. . . y pedía clemencia, ella, para quien jamás clemencia hubo! . . . y demandaba gracia, ella, para quien jamás descendió el rocío de la gracia! . . . Ardía encandecida hasta consumirse en su amor, y la infortunada confesaba humildemente su divino pecado, divino puesto que la fulminaba como un castigo, y venía arrepentida implorando piedad. . .!

Lentamente, los ojos marchitos del viejo llenáronse de lágrimas, que en la penumbra violácea semejaban tenues fosforescencias en las cuencas de una calavera exhumada. . .

La pecadora lloraba raudalosamente, y el Jordán de su llanto bañaba lustralmente su alma hasta dejarla pura, más blanca que su cuerpo blanquísimo. . . Lloraba inconsolable, interpretando la meditación doliente del sacerdote por una negación condenatoria. . .

De pronto el espectro levítico se irguió, extendió sus dos manos trémulas y senilmente bendecidoras, y exclamó con voz augusta y conmovida:

—De todo mi corazón te perdono! . . . Véte en paz. . .!

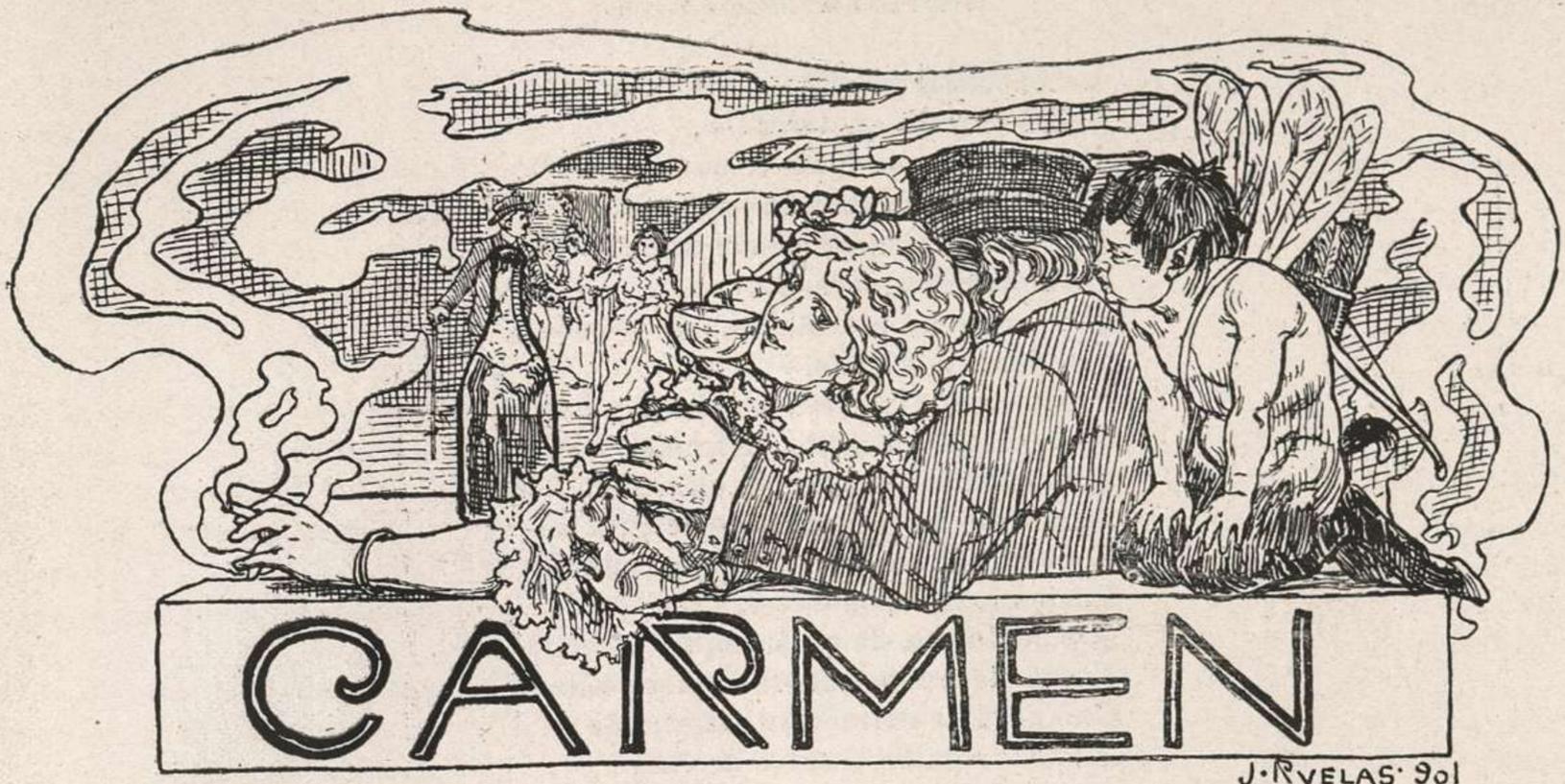
Pero ya era tarde!

La pecadora había caído de bruces, muerta en una hemoptisis, y su pequeña boca florida besaba en un supremo beso de amor un lago de sangre purpurina.

RUBÉN M. CAMPOS.

1901.





(POEMAS CRUELES).

A JESÚS URUETA.

I

Despertó; abrió los ojos con la inquieta
Cobarde timidez de un sueño largo
Súbitamente roto por la brusca
Invasión de la luz.... Amanecía.

Un florón palpitante de reflejos
Se prendió á la ventana, entró en la alcoba,
Hizo arder el cristal de los espejos
Y se estrelló en la puerta de caoba;
Corrió con rapidez por los tapices
En cuyo fondo pálido y obscuro,
Pintó franjas de luz, rojas y vivas,
Que fingieron sangrientas cicatrices
Abiertas de improviso sobre el muro;
Limpió, de un golpe, al oro agonizante
De la cortina, el polvo de la sombra,
Y abrió el cáliz exótico y gigante
De los lirios azules de la alfombra.

*
*
*

Incorporóse Carmen con pereza,
Entreabrió los labios voluptuosos,
Y con mohín de hastío y de tristeza
Alzó los brazos finos y nerviosos.
Echó hacia atrás con movimiento franco
La clara cabellera en que flotaban
Los rizos con rebeldes desenfrenos,
Y apareció por fin, desnudo y blanco,
El torso de alabastro que manchaban
Las dos pálidas rosas de los senos.

*
*
*

Despertaba de un sueño sin visiones,
Negro, brutal, profundo, en el que hundida
Se sintió muchas horas; un abismo.
Que, de pronto, en violento cataclismo,
La arrojaba sin fuerzas á la vida.
Y asombro sin palabras era el suyo;
Entre sus ojos que el temor velaba,
Sombriamente glaucos, el cocuyo
Intenso de la fiebre chispeaba.
Miró á su alrededor: ¿En dónde estaba?

Reconoció la alcoba. . . . De repente,
 Sobre el lecho en desorden,
 Por inquietudes locas removido,
 Contempló con estúpida fijeza
 Que había en la almohada una cabeza
 De Holofernes dormido.
 ¿De quién era la testa innoble y tosca
 Que junto á sí tenía,
 Y entre cuya expresión, salvaje y hosca,
 Se deslizaba un gesto de ironía?
 ¿De quién era esa faz—á un tiempo llena
 De placer, de cinismo y de desgracia—
 Encuadrada en la indómita melena
 Luciente, ruda, sudorosa y lacia?
 ¿De quién era, de quién, aquel cetrino
 Rostro de frente estrecha y boca astuta,
 Casi perdida entre la barba hirsuta
 Húmeda aún de besos y de vino?

* *

Carmen parpadeó; las manos trémulas
 Hundió en la clara cabellera rubia,
 Sacudió la memoria, y una lluvia
 De recuerdos cayó, con el esfuerzo
 Iracundo y cruel de sus congojas,
 Como del árbol que sacude el cierzo
 Con temblor invernal, caen las hojas.
 Fragmentos de episodios se estrellaron
 En su cerebro lóbrego, y silentes
 Se desgranaron, duros ó deshechos,
 Confundidos, cercanos y remotos,
 Sin precisión ni claridad á trechos,
 Y á trechos con facetas relucientes
 Como cristales rotos.
 Y allí encontró, más firme y más sarcástica
 La postrera impresión de lo pasado:
 La última noche orgiástica,
 Y el último beodo enamorado.
 Aquel hombre salvaje y atezado,
 De su lecho escondido entre las sedas,
 No era de una visión el devaneo,
 No era tampoco un hombre, era un deseo
 Que le arrojó un puñado de monedas.

* *

Recordó que con hipo y vacilando,
 Al terminar la encanallada escena,
 La había él conducido al lecho blando
 Y allí la desnudó, canturreando
 Una frase de amor, vulgar y obscena.
 No obstante, ¿qué extrañaba? ¿qué era aquello?
 Una aventura sin valor, sin nota
 En su vida común. . . . ¡ah! cuántas veces
 Se despertaba así, con languideces,
 Triste, cansada, adolorida, idiota.
 Pero quizá por sugestión ignota
 Venciendo su iadolencia y su quebranto,
 Entre la luz de ámbar de aquel día
 Carmen se puso á meditar, en tanto
 Que Holofernes dormía.

II

Ese mismo florón de oro y grana,
 En época feliz, dulce é incierta,

Asomado al cristal de otra ventana
 Muchas veces le dijo en la mañana
 Con un grito de luz: «vamos, despierta!»
 Sólo que entonces ni incendiaba espejos,
 Ni ardía en la caoba de la puerta,
 Ni manchaba tapices. . . . ¡Y qué lejos
 Debió de haber volado la memoria
 Para traerle, tan brillante y viva,
 Aquella evocación intempestiva
 De la casta leyenda de su historia!
 En la cámara humilde y bien oliente
 A salud y á violetas, sin disgusto
 Ni cansancio, caía de la altura
 De un sueño azul; con infantil soltura
 Agil erguía el delicado busto,
 Flexible, satisfecha, sonriente,
 Para ver, con mirada pudorosa,
 En el intacto lecho una radiosa
 Cabeza de Jesús adolescente.

* *

Era su alegre despertar de esposa!
 Su vuelta de una noche de delicia,
 En que sintió, cual rápido aleteo,
 La cobarde opresión de la caricia
 Que apenas palpa y huye—temerosa
 Sonámbula del púdico deseo.—
 Y al recordar sus goces juveniles,
 Cayó como una flor en negro río
 Una gota de miel en la dantesca
 Corriente acibarada de su hastío,
 Y temblaron sus senos con la fresca
 Sensación de una lluvia de rocío!
 Después. . . . siguió sumida en el letargo,
 Meditativo y hondo,
 En que nada se piensa, y sin embargo,
 La idea nos ahoga y nos oprime,
 Y de la sima en el obscuro fondo,
 Un pensamiento informe, pero amargo,
 Combate y clama, y se retuerce y gime!

* *

. . . . Y no, no era verdad; no fué su vida
 La infeliz y escabrosa confidencia,
 La narración compuesta y aprendida,
 Elegiaca y vulgar de una existencia;
 El cuento burdo que á la vez clemencia
 Y admiración implora,
 Dicho en voz baja y con falaz semblante
 Por distraer la necia y repugnante
 Embriaguez del amado de una hora;
 La tragedia que urdía en sus excesos
 Con el afán de sorprender, de prisa,
 Una lágrima indócil en la risa
 Y un ¡ay! de compasión entre los besos.

* *

No fué su carga de dolor humano
 La que la hizo caer; no fué la ira
 Desesperada, ó el despecho insano
 Quien la empujó hacia el burdel. . . . ¡mentira!
 ¿A qué el engaño inútil? Algo era
 De lo que en alta noche y en secreto
 Le confesaba á alguna compañera

Con frases cortas y ademán inquieto,
 Y la verdad iluminó el abismo:
 Su desdicha y su mal no estaban fuera;
 Se hallaban dentro, en ella, en su organismo.
 El psíquico poder que desentraña
 Y analiza, formóle una inconsciente
 Clarividencia lúcida y extraña.
 Corría por su sangre y daba vuelta
 Bajo su piel de raso, el invencible
 Ardor, porque en su sangre iba disuelta
 Una pasión satánica y horrible
 Que dormitaba mucho, y de repente
 Se alzaba más resuelta,
 Más tenaz, más cruel, más insolente!

*
 * *

Ahora lo veía; ya el destino
 Desde temprano le marcó el camino....
 En la niñez aún, sus ilusiones
 De blancura serena y eucarística,
 Sus ardientes y largas oraciones,
 Sus arrobos y éxtasis de mística,
 Sus alucinaciones....
 Más tarde, cuando siente la pureza
 La primera obsesión de los sentidos,
 Sus duros arrebatos concluidos
 Y deshechos en llanto y en tristeza;
 Y al fin, cuando el amor vino discreto,
 En la hora solemne de la cita,
 La tentación curiosa, la infinita
 Ansiedad de romper con el secreto....
 ¿Por qué al verla tan vil y degradada,
 Hender su faz doliente con la injuria?
 Era forzoso: estaba condenada
 A cadena perpetua de lujuria!

*
 * *

Una noche sintió que, rebosante,
 En la alcoba nupcial, callada y tibia,
 Azotaba su cuerpo palpitante
 Una pérfida onda de lascivia.
 Y el día en que ella cometió el delito
 Alguien le gritó «¡ven!» con un inmenso
 Y voraz apetito;
 Y entonces fué—¡oh lúgubre descenso!—
 Cuando pasó, sin que ella lo recuerde
 Con la precisa claridad que anhela,
 Del beso alado que se posa y vuela
 Al ósculo bestial que lame y muerde!

*
 * *

Centelleó la transparencia verde
 De sus ojos de mar!.... ¿Por que brotaba
 Del sueño sin visiones y profundo
 Donde acababan de dormir, hundidos,
 Sus recuerdos? ¡Qué dulce es ese mundo
 De todos los olvidos!
 ¡De su locura inicua era la esclava!
 ¡Cuántas veces, insomne entre la sombra,
 Al concluir un delirante espasmo,
 Deslizábase á tientas por la alfombra
 Con repentino y trémulo entusiasmo,
 En busca de un puñal!.... Era obstinada



La irreflexiva rebelión colérica:
 ¡Qué dramático fin para un enredo
 Tosco!... Y aparecía el ansia histérica
 De matar.... ¿y por qué?
 —¿Por qué?... Por nada,
 Por ver sangre..... y también por asco y miedo.

*
 *
 *

Para abreviar su vida atormentada
 Se entregó hasta sentir que el inseguro
 Y débil cuerpo, hermosamente tísico,
 Halló en el fondo del placer impuro
 El sufrimiento espiritual y el físico!

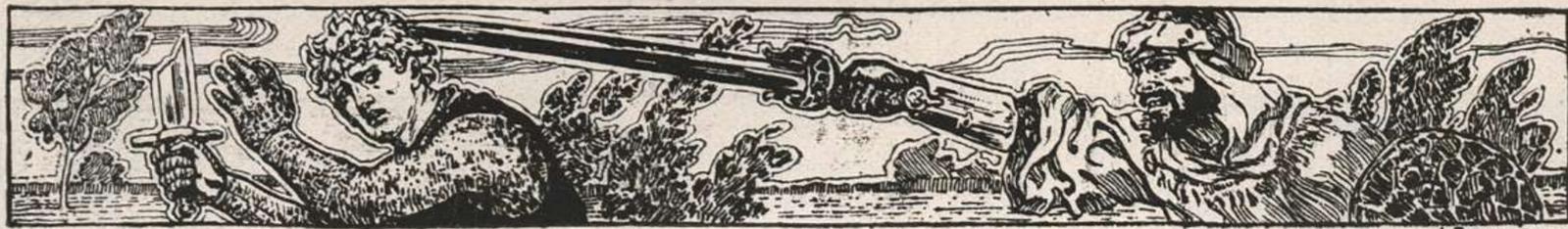
*
 *
 *

Y cuando la tormenta se perdía
 Y los anhelos fuertes y rabiosos
 Se alejaban y ella resurgía
 De aquellos frenesíes dolorosos,
 ¡Qué mudas y qué dóciles tristezas!
 De volver al hogar.... ¡cuántos empeños!
 ¡Qué afán de melancólicas ternezas,
 De voces blancas y de castos sueños!
 ¡Qué despiadado y funeral suplicio
 Sentarse de su alma en los escombros!
 ¡Qué infamante su lúbrico ejercicio!
 ¡Qué pesado llevar sobre los hombros
 El cadáver del vicio!
 Viendo niños lloraba—¡oh desventura
 De la que vive en el pantano inmundo!—
 Ser hembra y no ser madre; ser impura,
 Y sufrir ante un niño la tortura
 De un vientre ya estrujado é infecundo!
¡Qué pobre voluntad! Cuando soplaba
 Sobre su vida solitaria y yerma
 El cálido huracán que la arrastraba,
 No tenía la culpa.... era una enferma,
 Una enferma!

Y al ver cómo temblaba
 En el cristal el oro de aquel día,
 Triste, sin fuerzas, reprimiendo el llanto,
 Carmen se puso á sollozar....

En tanto
 Holofernes dormía....!

LUIS G. URBINA.



FIESTAS DE POETAS.



¿CONOCEIS los *Conciertos Modernos*?

Están organizados por un comité en el que brillan, entre otras celebridades, François Coppée, Julio Claretie, Anatole France, G. Larroumet, Julio Lemaître, Pierre Loti, Massenet, Sully Prudhomme, Richepin y André Thuriot.

Tales nombres imprimen á esta empresa un completo eclecticismo, lo cual hace que los *Conciertos* obtengan grande éxito. Cada semana se organiza una especie de festival, dedicado á la vez, á un poeta y á un compositor, y el festival se repite dos veces. Primero en Montmartre, en la *Sala de los Agricultores*, calle de Atenas, y al día siguiente en el otro lado del Sena, en la *Sociedad de Horticultura*, calle de Grenelle.

Cada salón puede contener mil doscientas personas, y en cada festival se niega la entrada á mucha gente, lo cual parecerá extraño, pero es exacto. Es fácil explicar la afluencia de concurrentes, por dos motivos: Primero, por lo selecto del programa, pues artistas de talento interpretan las principales obras ó los principales fragmentos del poeta y del músico en cuyo honor se celebra el festival. . . . y además. . . . (porque es preciso decirlo todo) las localidades son casi gratis.—Copio en apoyo de lo dicho, de uno de los últimos programas, la insidiosa anotación siguiente:

«Como este festival se da por invitaciones, no se cobran las localidades. Sólo se percibirá un franco y cincuenta céntimos por derechos de entrada.»

Si hemos de hablar claro, la entrada cuesta treinta céntimos, y no es caro por escuchar diez actores, cómicos y cantantes, que interpretan de las dos á las cinco de la tarde, una antología de dos maestros.

Para dar á estas fiestas artísticas un carácter literario, la sesión va precedida siempre de una corta conferencia; las conferencias generalmente se escuchan con gusto y Leo Claretie ha obtenido en ellas grandes triunfos.

* * *

Los organizadores me han dado la sorpresa de pedirme las tres últimas conferencias; la primera sobre Alfonso Daudet y Bizet, la segunda sobre Pailleron y Verdi y la tercera sobre Eugenio Manuel y Ambrosio Thomas.

Al estudiar la obra de Eugenio Manuel, una de las cosas que me han sorprendido y que me habrían escandalizado, si desde hace mucho tiempo no hubiera aprendido á no escandalizarme de nada de lo que pasa en el mundo de las letras, es mirar que el exquisito poeta de los *Obreros*, no pertenece á la Academia, donde seguramente hay hombres de gran valer; pero donde escasean los poetas.

Observad que Eugenio Manuel no ha desdeñado el ir á llamar á la puerta del edificio del puente de las Artes. La primera tentativa data de 1876; el sillón de Patin estaba vacante y fué electo Gaston Bois-sier por veintisiete votos; Eugenio Manuel sólo obtuvo un voto, exactamente como Leconte de Lisle cuando se presentó por primera vez. Cuatro años después, en 1880, á la muerte de Julio Favre, Manuel se presentó de nueva cuenta, y esta vez obtuvo trece votos; pero le derrotó el abogado Rousse que obtuvo dieciocho, mientras que Henri de Bornier sólo obtuvo tres, y uno Paul de Saint-Victor.

En 1881, tercera tentativa para el sillón de Duvergier de Hauranne y tercera derrota; entonces fué electo Sully-Prudhomme por dieciocho votos, contra once de Manuel, dos de François Coppée y uno de Bornier.

En 1884, á la muerte de d'Haussonville, la Academia nombró en su lugar á Ludovico Halévy por quince votos y diez del autor de «*La Robe*.»

Por último, en 1° de Mayo de 1890, quinta tentativa para el sillón de Emilio Augier. Había trece candidatos; ved el resultado de cinco escrutinios:

Thureau-Daugin, ocho votos; Lavissee, diez; Manuel, seis; Pierre Loti, seis; Brunetière, tres; Enrique Houssaye, dos; Zola, dos; André Theuriot, uno; Barbier, cero; Favre, cero; H. Becque, cero.

Según la costumbre, la elección se difirió para seis meses después y triunfó Freycinet.

Eugenio Manuel ha sido derrotado cinco veces; una más que Víctor Hugo á quien la Academia rehusó en cuatro elecciones. Me parece que la Academia se honraria, dando á este poeta de corazón y de sentimiento, el sillón de otro poeta que fué su amigo, el de Henri de Bornier; hay dos competidores probables, pero son jóvenes y pueden esperar.

Manuel ha escrito mil poemas perfectos, de los cuales diez por lo menos son obras maestras.

Si no hubiera escrito el *Ausente*, ese acto que sirvió de debut á Sarah Bernhardt en la Comedia Francesa, ni los *Obreros*, ni esa *Robe*, que es un modelo de emoción, ni los poemas patrióticos del año terrible, bastaría solamente mencionar la «Canción de Muerte,» tan corta y que no puede leerse en voz alta, sin sentir húmedos los ojos.

Leedla:

CHANSON DE MORT.

Janvier 1871.

Mon Père, où donc vas-tu?—Je vais
Demander une arme et me battre! . . .
—Non, père! autrefois, tu servais:
A notre tour, les temps mauvais!—
Nous sommes trois—Nous serons quatre

—Le jeune est mort: voici sa croix.
Retourne au logis, pauvre père!
La nuit vient, les matins sont froids.
Nous le vengerons, je l'espère,
Nous sommes deux—Nous serons trois!

—Père, le sort nous est funeste,
Et ces combats sont hasardeux:
Un autre est mort. Mais je l'atteste,
Tous seront vengés: Car je reste!
Il suffit d'un!—Nous serons deux.

Mes trois fils sont lá, sous la terre,
Sans avoir eu même un linceul.
A toi ce sacrifice austère,
Patrie! Et moi, vieux volontaire,
Pour les venger, je serai seul!

El poeta que ha escrito tales versos, tiene derecho á sentarse bajo la Cúpula y si la puerta de la Academia se ha cerrado ante él, cinco veces, deberían ir á tomarle de la mano é invitarle á sentarse en el sillón vacante por la muerte de otro poeta.

Pues qué, ¿la política absorbe á tal grado á esos caballeros del puente de las Artes, que olvidan que están allí para nombrar hombres de talento? ¿Qué haceis, vosotros, Coppée, Brunetière, France, Claretie, Sardou, Lemaître, Sully-Prudhomme, Legouvé y otros; todos los que debierais colocar al talento ante todas las consideraciones de bastidores y de intrigas?

Pero volviendo á Manuel; antes de hablar de él, le pedí contribuyese á mi información. He aquí las hojas que me envió:

¿Cuáles han sido, la alegría mayor y el mayor dolor de vuestra vida?

Si se trata de la vida íntima; contestar, ¿no sería tocar las más santas emociones del alma y arriesgarse á herir los sentimientos más delicados, abrir ante las miradas de los indiferentes ó de los burlones, el santuario en que se alimenta, en culto secreto, el inviolable recuerdo de las felicidades y de las tristezas de este mundo. Amores compartidos, matrimonios benditos, cunas angélicas, duelos no consolados, ¿no es la materia banal y sagrada de todas esas contestaciones?

Y aun cuando yo también evocase la alegría sin igual que hace experimentar ese *si* legal, ese *si* tímido y sonriente que se escapaba de los labios de la joven amada; aun cuando yo dijese el dolor único de un hijo, ante la faz helada de la madre querida, ¿habría enriquecido vuestra información con tales confidencias? ¿Quizá sea preciso hablar de la vida moral y poner en juego la conciencia? Si nos atreviésemos á ser sinceros, la mejor acción sería la mayor de las felicidades, como la peor falta sería el dolor más agudo. ¿Esperais tales confesiones? Y si, pasando á otro orden de ideas, despertase la memoria del ciudadano y del patriota, ¿habrá dolor comparable al que sentimos cuando los vencedores de 1871, pisotearon las calles de París? Pero entonces, ¿la gran alegría?

¡Ah! esa no ha llegado aún.

Si separamos todas esas respuestas, ¿qué queda? La vida corriente con todos los sucesos felices ó desgraciados que la forman.

Pero, ¿qué psicólogo, para contestaros, sabría comparar, clasificar, graduar, pesar tantas satisfacciones ó penas sucesivas que tienen su día y su hora y que se juzgan tan diferentemente á distancia? ¡Cuántas alegrías y dolores que se transforman, se atenúan, se volatilizan y palidecen! ¡Cuántas pasiones que se calman! ¿En qué se convierten cuando uno envejece, esos triunfos y esas contrariedades, esos encantos y esas desesperaciones? Sin embargo, quisiera concluir y puesto que interrogais—especialmente quizá—al poeta y al autor, siento más facilidad para contestar.

Separemos los grandes asuntos, familia, patria, deber, hechos para el respeto y el silencio; descendamos á aventuras más vanas, á impresiones más accesibles y ponderables. Entonces, diré que mi mayor alegría literaria ha sido conocer el triunfo, iba á decir, la popularidad, sin haberla solicitado ni buscado. Por ejemplo, en la 200ª representación de mi drama *Los Obreros*, en el Teatro Francés. ¿Y el mayor dolor? ¡Ah! no os riais: es el de ser traicionado por sus amigos, en las horas decisivas, cuando se tenía la ingenuidad de contar con ellos.—*Eugenio Manuel*.

Esta es una confesión completa.

Cualquier comentario la debilitaría y vale más terminar.

JEAN BERNARD.

(Trad. de «*Revista Moderna*»)

CÁNTIGA.

I

Ya sé que es inútil, y adoro tu blanca hermosura,
 más fúlgida y pura
 que el límpido cielo del alba gentil....!
 Ya sé que es inútil, y amándote voy, alma mía,
 y en honda agonía,
 sin fe ni esperanzas me muero por ti!

II

Y cómo no amarte? de amor hechiceros
 tus húmedos ojos parecen lejanos luceros:
 murmullo en las hojas del árbol tu voz....
 tu imagen parece que flota en el viento....
 granada es tu boca; tu aliento,
 lisonja del aire y aroma de flor!

III

Ya sé que es inútil!.... Jamás nuestras almas,
 á la sombra feliz de las palmas
 del verjel de la dicha hallarán,
 ni el sueño inefable de blanda ternura,
 ni rápidas horas, ni paz, ni ventura,
 ni el agua serena del mismo raudal!

IV

Adios, alma mía! la pálida luna
 que oyó de mi canto la queja importuna,
 también desdeñosa,
 como tú, me negó su fulgor....
 ¡Dulcísimos ojos, lejanos luceros,
 ay de mí, si jamás he de veros,
 y anheloso de luz, en las sombras,
 errante camino, muriendo de amor!

MILK.
